

to si es de aquí ó americano, ¿en qué te habló?

—No me habló, señor, me tendió el papel únicamente y no se ha marchado.

¿No se había marchado? luego esperaba contestación ó propina, tal vez ambas cosas. Leyó la carta otra vez y encontró una postdata. “Lo recibiría esa noche, entre siete y ocho, suplicándole no dijera nada y esperaba la respuesta.”

Ya se ve que iría, no faltaba más, y sobre un libro, acostado todavía, contestó: “Gracias mil y mil, no faltaré”. ¿Cómo habría averiguado su domicilio? Por sus tarjetas que lo decían. De veras que se ponía tonto; lo que es el amor. Quita la reflexión y la tranquilidad, y en ocasiones, se dijo riendo, hasta la salud. Estaba contento, se vistió despacio proponiéndose comunicar á Gabriel lo adelantado, á pesar de la prohibición. Era reservado y le servía de mucho con sus consejos. Almorzaron juntos en la fonda, formando proyectos de sobremesa que juzgaban halagüeños, gracias á las esperanzas imposibles que hace concebir una digestión tranquila ayudada de chartreuse. Irían al paseo, mandaron enganchar el *dog cart* tenido en receso durante la amorosa tempestad y se fueron hasta el bosque, dirigiendo saludos imperceptibles á *esas señoras*, medio escondidas en los oscuros interiores de los coches de plaza, y que por las tardes salen á oxigenarse para vivir menos mal. Gabriel no cesaba de hablar.

—Lo he bebido elocuente,—exclamaba,—nací para la tribuna y no para la oficina en que me pu-

dro. Ya ves, decía, cuántos hay en igualdad de condiciones que se la pasan envidiable. Y juntos criticaban á todo el mundo diciéndoles tonterías de que ellos mismos se reían.

Obscureció y regresaron al centro á todo el trote del caballo; Gabriel se bajó en una esquina deseándole buena fortuna.

Nos veremos en el teatro,—le contestó Fernando conteniendo su medio encabritado caballo,—si acabo eso temprano.

Partió de nuevo haciendo un gran ruido, derramando chispas en el adoquinado y poniendo en peligro la seguridad de su lacayo, obligado á tenerse siempre en su asiento con los brazos cruzados sin reparar en el movimiento.

A las siete en punto llamaba, ligeramente emocionado, á la puerta de Miss Eva, encontrándose de manos á boca con un negro que hacía le reverencias. Mientras le quitaba el sobretodo, pensó que sería un criado de confianza y que por eso lo habían comisionado para llevar la carta de la mañana. Entró en el saloncito que ya conocía, la misma semi-obscuridad, la misma lámpara con su luz amortiguada por papel encarrujado, los mismos muebles, y á Miss Eva en el lugar en que la había visto sólo una noche. Lo único nuevo fué no escuchar aquel ruido de conversaciones de la primera visita. Creyó oportuno dejarse llevar de un transporte y estuvo á punto de hincarse, pero lo rechazó suavemente Miss Eva, que acusó con

el movimiento una fuerza de la que no la hubiera creído capaz.

—¿Qué pensaría de ella? El paso que daba no lo da una señora; originaba toda clase de suposiciones... Y parecía al decir esto que su voz, su hermosísima voz de contralto, se le ahogaba en la garganta.

El juraba que nada malo pensaba, que eran tales su gratitud y su cariño, que estaba dispuesto á ejecutar por ella el sacrificio mayor; exigía que lo pusieran á prueba para borrar hasta la más ligera sombra que de desconfianza pudiera existir.

No, no era necesario, ella lo creía, necesitaba creerlo para hacerse la existencia llevadera.

—Mi vida estar llena de desengaños,—agregó suspirando las palabras en una media lengua que encantaba á Fernando.

¿Acaso no estaba él allí, para remediar con su ternura y sus posibles, esa serie de males tan infaustos como profundos? Y las promesas más locas salían de sus labios, síntoma indudable del deseo inmenso que lo quemaba. Fijáronse las bases de las relaciones, de común acuerdo, en la mejor armonía, pero siempre sentados á distancia.

—Soy honrada,—decía á cada vez que observaba un ademán sospechoso de Fernando.

Ni quién lo dudara y menos él, pero un beso, en la mano siquiera, á nada la comprometía ni podía acarrearle consecuencias.

Era demasiado pronto. Siguiendo así, no volvería á recibirlo nunca, por ningún motivo. Esta

amenaza, dicha en tono formal, calmaba sus ímpetus. Ya se ablandará, pensaba. Se verían cada tercer día, dos horas, solos, sin testigos, hablarían de su amor, todo un programa de abrumador romanticismo. Fernando no opuso objeción alguna, su asentimiento fué invariable y constante. Principio quieren las cosas; al fin y al cabo, habría su desenlace de una ó de otra manera, y mientras llegada éste, se entretendría con tanta dificultad. Prometiéronse completa observancia de lo pactado separándose con un enérgico apretón de manos. La frecuencia en las visitas era el quid de la dificultad. Tenía que darse sus mañanas para ser admitido diariamente, aunque se conformó con lo que había avanzado. Salió lleno de proyectos y aún de presupuestos. ¿Quién le aseguraba que no fuera preciso para acabar de rendir la fortaleza, hacer una exhibición monetaria? Digan lo que quieran la elocuencia del dinero en esta clase de empresas tiene una influencia decisiva. Y una mujer de mediana inteligencia conoce perfectamente el significado de un paquete de billetes de banco, de monedas de oro ó de una alhaja de elevado precio.

La que en cambio se estima en algo, debe de vacilar antes de admitir lo que cubierto con la máscara de una amabilidad, no es más que una grosera interrogación.

—Jamás he raciocinado como ahora,—se confesó Fernando con envidiable modestia. Creo que empiezo á adquirir la experiencia que tanta falta

me ha hecho toda mi vida. Si es claro, no hay nada como *correrla*, pero *correrla* forzosamente, hasta cansarse, hasta no poder respirar. No sé por qué tengo la creencia de que si no le inspiro á Eva una pasión verdadera, si hay la simpatía suficiente para que no me explote.

La prueba estaba en que nada le había pedido, ni la más pequeña indicación acerca de su posición que no autorizaba á suponer, por lo visible, que fuera muy desahogada.

Lo que le atormentaba muchísimo era la dimensión de sus pies que parecían hechos, adrede, para borrar la ilusión más firme en un enamorado y colmar los ensueños de un zapatero. Se rió á sí mismo por lo que creía observaciones ofensivas á la memoria de su nueva amiga. En ninguna parte encontraría una chica perfecta en la acepción de la pa'abra. Y como conclusión exclamó: "De santos me daré, si me acepta con sus imperfecciones y perfecciones."

Aunque seguía a'egrándose en su interior de la cordura con que había reflexionado y de la experiencia que demostraba en sus acciones, no le impidieron ambas circunstancias invitar á cenar, después de la representación, á Gabriel y dos individuos más. Estaba contento y necesitaba de expansiones, ya que no con todos podía tener confianzas. Hizo gala de extraordinaria verbosidad, ap'audida y festejada por sus nocturnos comensales, y se prometió un mundo de delicias interminables.

VI.

Los compañeros de Miss Eva, no habían perdido el tiempo. Conocían ya el Museo, donde se habían pasado horas enteras comentando los signos cabalísticos de los monolitos aztecas y admirado la riqueza histórica que aquél encierra y que candorosamente abultaban á su gusto.

Nadie les quitaba de la cabeza ni de sus libros de memorias, que las dos momias que se encuentran en uno de los salones del edificio, eran respectivamente de Hernán Cortés y de la Malinche.

Obtuvieron el permiso de sacar unas copias fotográficas que se repartieron amistosamente entre todos ellos. Para dar á conocer su carácter respetable de viajeros, llevaban pendiente del pecho una especie de condecoración, formada por un trozo de cinta de seda con fleco de oro y una pequeña inscripción impresa en ella.

Visitaron también los templos principales, las escuelas del Gobierno, y sólo por miedo al tifo no estuvieron en los hospitales y en la cárcel. El día que se pasaron en la colegiata de Guadalupe, los tuvo encantados. Quiso su buena suerte que coincidiera su paseo con una de las tradicionales fiestas de indios, tan frecuentes en ese templo. El alborozo que les causó la llegada de unos veinte naturales formados militarmente, llevando trajes adecuados y pintorescos y acompañados de una música de circunstancias, no es para descrito. Los

rodearon de tal modo que los obligaron á detenerse. Extasiábanse ante sus vestidos y sus adornos y su recogimiento. Acabándolos á preguntas y en el laudable afán que tienen por instruirse, todo lo tocaban, examinaban todo y mucho querían comprar. Los intérpretes, por más esfuerzos que hicieron, no pudieron traducir ni una respuesta monosilábica. ¿Quién iba á comprender el mexicano antiguo, idioma en que protestaban los perturbados practicantes? A fuerza de señas y de dinero lograron que una de las indias accediera á desprenderse de un chal, que cuidadosamente envolvieron en muchos papeles como veneranda reliquia. ¡Lo orgullosos que volvieron con sus compra, lo que se disputaban el honor de ser su momentáneo depositario! Le atribuían una significación de la que el pobre trapo estaba muy distante.

Faltábales, sin embargo, realizar su mejor sueño: una ascensión al Popocatepetl. Para los días que habían pasado en la ciudad, demasiado conocían; pero quedarse sin pisar la cúspide del volcán homicida, los hubiera contrariado hasta lo inverosímil. No ignoraban el respeto y la importancia que adquieren al volver á los Estados Unidos, los que han acometido empresa tan peligrosa. Decidieron, pues, el día de la partida, y animados de los mejores deseos, lamentaron de veras que la alocada de Miss Eva no hubiera querido acompañarlos. Supieron casualmente dónde vivía y le enviaron una esquila cariñosa y casi comprometida

dora para que aceptara el ir con ellos. "Serán unos días deliciosos—le escribieron—disponemos de coches especiales en el ferrocarril, de magníficos abrigos, cabalgaduras y guías; estaría contenta".... Y á pesar de la atención, de las promesas y del paisanaje, no aceptó, excusándose apenas de que pudieran atribuir á falta de voluntad lo que sólo era imposibilidad material y reservada; un negocio intrincado que la retendría algún tiempo, aunque tampoco podía precisar éste. No se ocuparon mucho en la negativa ni en las razones con que la presentaba; el viaje era su continua pesadilla. Cuando comían, se recordó el incidente y alguien, como quien aventura un chiste, opinó que había ido para casarse. Esto fué todo, ni quien volviera á mencionarla.

Al día siguiente, muy de mañana, y después de recomendar en el hotel un cuidado excesivo para los equipajes que dejaban depositados, se dirigieron al embarcadero. Allí principió una inmensa calle de amargura para los denodados excursionistas. Sol, lluvia, aire, mala mesa, peor cama, la fractura de una pierna del profesor de acordeón, el extravío, incluyendo las mulas, de dos novios que como en el credo, aparecieron al tercer día de entre.... los hielos; un disgusto matrimonial: el reverendo y su cónyuge por celos retrospectivos, y por último, para los poquísimos que llegaron á la cima, una neblina espantosa, atmósfera enrarecida, dolor de pecho, calamidad tras calamidad. Si una vez pensaron en la ascensión ciento

se arrepintieron, y maldecían hasta el momento en que se les ocurrió abandonar sus nidos, en los que, cual más, cual menos, disfrutaban de todas las comodidades que ofrece el bien entendido *comfort* norte americano! El regreso tuvo mucho de trágico. La alegría manifestada á la ida, en semblantes y conversaciones, tenía por herederos tristeza, mal humor y enfermedades.

Los únicos contentos en medio de tanto desastre, eran los novios extraviados. La región de las nieves perpetuas, había determinado en ellos una formidable reacción amorosa que se dejaba conocer en las miradas ardientemente apasionadas que se dirigían.

—Dichosa edad—exclamaban los ancianos y los esposos de antigua fecha—designando á la simpática pareja, que hundida en las banquetas del carro y en las dulzuras de un amor con elocuencia correspondido, no hacían caso de los que los rodeaban, ocupados en felicitarse de la visita al famoso volcán.

Medianamente repuestos de la fatiga ocasionada por tan científico viaje, se atrevieron á sostener los más animosos, que no carecía de interés ni de encantos lo que habían llevado á cabo, aunque en su interior se proponían no intentarlo de nuevo así les ofrecieran los tesoros de California. Por fortuna faltábanles muy pocos días para volver á su casa, á su verdadera casa. Lo menos en tres lustros no se lanzaban á más excursiones. Eso de regresar, como ellos iban, no tenía

chiste; sin contar lo que el caprichillo les costaría. Bueno está gastar el dinero, cuando siquiera se disfruta de algo que valga la pena, pero por subir á una montaña, no tenía perdón! Y se reconocían culpables, acriminando á los principales iniciadores, con serios denuestos que colaban entre broma y broma. Estos se defendían, agotando el convincente argumento de que ¿por qué habían aceptado? no era forzoso ir, pero una vez que el asunto no tenía remedio, dejarlo por la paz. A medida que se acercaban á la capital, renacía el ánimo, disminuían las discusiones y las indirectas y casi convinieron por unanimidad en que el negocio valía la pena. No obstante, el más adolorido, el desgraciado filarmónico alababa á voz en cuello la sabia prudencia de Miss Eva, que pretextando, según él creía, ocupaciones preferentes, los dejó recomendados á su propia insensatez. Y aunque nadie lo contradecía en atención á su lastimoso estado, “es una locura la que hemos hecho,” gritaba accionando con una estaca que le consiguieron en un pueblecillo, para que la usará como bastón. Se le compadecía cordialmente á causa de que no estaba muy bien de fondos para atender á la curación que su pierna demandaba. Así fué que le prodigaron mil atenciones, endulzándole el desgraciado contratiempo, y no obstante su corrección, casi cuáquera, de vez en cuando, los dolores agudísimos que el movimiento del tren le causaba, los dejaba traslucir

F. GAMBOA.

por sordos gruñidos, muy semejantes á una insolencia y que sembraban púdica alarma entre las filas de sus compañeros.

De vuelta, en el hotel, se negaban á darles las llaves de sus habitaciones; los suponían malhechores, su estado era deplorable. Lo que no hubieran dado por ningún dinero era una provisión de tóbas volcánicas, reunidas á costa de mil sacrificios, y una colección de *cactus*, vulgarmente llamados órganos, recogidos de prisa, al pasar por algún cercado de caminos vecinales, que lucían orgullosos, cual trofeos de guerra conquistados á sangre y fuego. Se hizo indispensable consultar á un médico acerca de la maldecida é inoportuna fractura y acudieron naturalmente á un facultativo su compatriota, establecido en el país. La contestación de éste los desconsoló mucho. "Era preciso no mover al enfermo, demorar la partida una semana cuando menos; podía haber complicaciones obrando de otra manera, que exigirían hasta una amputación." ¿Qué hacer? No podían abandonarlo, sería una inhumanidad; y en tanto, el pobre hombre lanzaba unos quejidos capaces de dejar sin huéspedes al hotel. Tomáronle un odio extraordinario al agente de la excursión, que bien averiguado de nada era responsable y quien á fuer de hombre práctico y conocedor, no quiso acompañarlos en su paseo geológico por las montañas. Más ó menos resignados con la detención forzosa, esperaban ansiosos el día de la marcha en retirada.

DEL NATURAL.

VII.

Fernando había continuado más enamorado que nunca y sin pensar en otra cosa que en "su americana," que así llamaba á Miss Éva en sus frecuentes é inofensivos arranques de entusiasmo. Cuando partieron para el Popocatepetl los amigos de su amiga, le enseñó ésta el papelito en que la invitaban, y dejándose acariciar las manos, le confesaba que no había ido al paseo por dos motivos poderosos. Y se pasaron un buen rato en tonterías de enamorados; él, obligándola á que le dijera cuáles eran, y ella obstinándose en ocultarlos. Después de mucho insistir y de ponerse serios y de reír, le declaró el primero: "Porque te quiero y no me he de separar de tí". ¿Pero el segundo? ¿Qué podía ser el segundo? No, no, jamás se lo diría; la mataría la vergüenza, y se tapaba la cara con las dos manos... no debía insistir. Y el otro, con infantil tenacidad, se lo rogaba, encaprichado ya ante la obstinación que le oponían. ¿No aseguraba quererlo? Pues qué más natural que una confianza completa, con detalles, por dolorosos que fueran; sobre todo, lo mandaba, lo exigía, no volvería á verla... Si se empeñaba, tendría que ceder, aunque contra su voluntad, podía creerla. Bien, bien, ¿qué es? preguntaba Fernando de veras medio impaciente. Su pobreza extrema que apenas le permitía vivir con demasiada escasez, decía ruborizada hasta los cabellos y pro-